



Lazo y disolución

Andrés Petric*

[C]ualquiera (y a mí me ha sucedido) puede volver a escribir o reescribir la obra de otro, pero nadie podrá resonar tus sueños ni soñar los suyos con tu estilo de soñar, o de escuchar tus sueños

Rodolfo Fogwill

Pienso en la *Disolución*, aquella solución que encontró Lacan frente a las encrucijadas de grupo en la *Escuela* que lo seguía.

Algo se armó alrededor de su palabra y su enunciación. Y eso tal vez empezaba a correr por los mismos rieles que ordenan los discursos ya conocidos. Entonces, una vez planteada la diferencia, esta además ameritaba ensayar formas únicas del lazo con el psicoanálisis.

Ese Lacan, esa serie de textos e intervenciones en torno a un contexto histórico singular, confía en el remolino como filo instituyente.

Buscar respuestas a nuevas preguntas, no comprender, leer otras cosas y volver sobre los mismos párrafos, a veces poéticos, a veces meramente crípticos, siempre interesantes, es una forma de hacer relevo de su lectura, dejarse tocar por algo del espíritu del momento. Dejarse orientar por otros, hasta que el olfato indique que es posible una bifurcación inédita o única, y seguirla, es otorgarse y otorgarle al lector la dignidad que se merecen.

El psicoanálisis es pues un nuevo lazo social, lo dice Lacan. Pero ¿a qué se refiere con esto?

Hay muchas cosas en esa afirmación. Partiendo de Freud, quien descubre principalmente un funcionamiento de la lengua que, no por tener antecedentes, deja de ser radicalmente novedoso, además de pleno en consecuencias para las vidas y la cultura, asumiendo que ésta última es un *savoir faire* con el malestar al que también da sus coordenadas.

El inconsciente es un lazo. Se funda en un lazo, que a su vez depende en parte del lazo *agálmico* de la transferencia.

* CIFFyH / andrespetic2@gmail.com

El sueño también es un lazo, uno muy particular en el que el lenguaje muestra su estructura franca de disolución. El lenguaje se disuelve en las homonimias del sueño (*homonimias y anfibolias*, diría Barbara Cassin), como lo señala por ejemplo Fogwill (2013) en su libro sobre los sueños:

Las palabras estropean cualquier significado que uno pretenda transmitir. Releyendo noto que he empleado varias veces el verbo “advertir”, siempre con funciones parecidas, pero con grados de diferencia que ningún lector advertirá y que no hay adverbios ni complementos con adjetivos que pueda precisarlos [...]. Habría dos mundos: el de los sueños y el de las transcripciones de los sueños. Y entre ambos, flotaría la imaginaria realidad. (p. 26)

El escritor advierte aquí algo que se escapa a las palabras, algo intransferible, una pieza única que no se puede intercambiar. Vivencia de la *diferencia absoluta*, que la palpa precisamente en esa otra escena (otra, respecto a la *imaginaria realidad*), donde los recursos se expanden, a veces para ocultar, otras como revelación o epifanía.

Entonces, a veces un sueño puede ser un lazo, no en tanto vínculo con otros (hay contextos en que esto es muy dificultoso, por ejemplo, la familia), sino con ese Otro del cual el inconsciente testimonia, y la enunciación toma así las maneras esquivas de un polizón: “El *Deseo* [dirá Lacan] que, por estar tomado en el proceso de la represión, se conserva en una permanencia que equivale a la indestructibilidad” (Lacan, 2022, p. 71). En definitiva, ya nadie ignora que el lenguaje es un *virus*. Burroughs, gustoso de las pesadillas, extrema la idea: para él, no solo es invasor y parasitario, sino que puede incluso *matar* a su portador, que a la postre seríamos todos.

Lacan, que tiene otros modales, no menos irónicos, habla de *moterialismo* y del *oscurantismo* propio de la palabra que el inconsciente demuestra.

Se puede leer aquí ese lazo en el que se sostiene, siempre desde el enigma, un enigma lleno de revelaciones que participan de esa extraña *ex sistencia* también pasible de ser mencionada como *ya allí*, expresión con la que Dan Arbib ubica la cuestión del *origen* para el *cogito* cartesiano: “El cogito constituye la posición de un acto que permite elucidar sus propias condiciones de posibilidad” (Arbib, 2023, p. 17). Es decir, encuentran sus condiciones de posibilidad una vez formuladas, nunca antes.

Y este efecto, esta verdad que se derrumba a cada salto y da lugar a otra, también un poco deforme como la anterior, cuenta con el *oscurantismo* que es un nombre del Otro, un modo de la palabra; por ende, cuenta con el lazo, viene del lazo (nacemos en el *malentendido*, dice Lacan). Es, de hecho, un defecto coyuntural, aunque poco duradero, creerse por fuera del lazo.

Ahí sí el psicoanálisis corta lazos, si entendemos por tales a los tentáculos con que el hombre se deja enredar en falsas alienaciones que prometen saldar su *falta en ser*; y lo hace para abrir el juego de su radical coalescencia con el Otro, desde el cual todo el resto cobra nuevo valor, incluso de síntoma.

¿Cómo opera la *Disolución*? No mantiene lazos, definitivamente. Tampoco los sostiene. ¿Los recrea? No. El prefijo *re* no termina de ser certero. Este implica una situación anterior, a la cual retornar, un pasado a restablecer. Así uno pierde lo más radical del lacanismo enunciativo. El mismo Lacan habló de *subversión* y la distinguió de *revolución*. ¿Qué palabra sería más acertada, descartado el *re*?

Recorro *Pasajes de escritura* (Mazza, 2023), salteo párrafos. En la página 159 comienza un breve comentario titulado *Nonsense, el deseo de una palabra sin más allá*. Una *palabra sin más allá* puede ser el esbozo de una respuesta. Un comienzo desde cero que, por supuesto, quiere decir desde las ruinas, pero para otra cosa. Como en el juego de las vanguardias; el “acto de vanguardia”, dice German García (2011), “es un oxímoron que conjuga lo original con el origen” (p. 20).

Lo que no tarda en aparecer es el fantasma del origen. Recuerda García, en ese mismo texto, que Marx había visto que cuando una revolución está por triunfar, los hombres que participan de ella se fortalecen actuando como si restauraran un pasado desvanecido. El vértigo instituyente, el *horror* del acto, dirá Lacan, aparece como insoportable a domesticar, por ejemplo, por la creencia en la *enunciación colectiva*, otro oxímoron que forcluye lo único.

Agregaría que las ruinas, aquellas que, como dice Tabarovski (2018), tienen una existencia paradójica (“lo que fué antes de llegar a no ser”), bien pueden ser las ruinas de la buena decepción. Como lo señaló Jacoby hace algunas décadas atrás respecto a lo que llamaban *el arte de los medios*, en donde las intervenciones apuntaban a exponer el espectáculo de “la propia conciencia engañada” (Longoni y Mestman, 1995, p. 135). Entonces, la

disolución es poner a andar la propia decepción (lo que Lacan llama la *estafa psicoanalítica*) frente a lo esperado (creer en el lazo), para crear, sí, un lazo que, como el arte y el psicoanálisis, solo hablen del presente, pero de un presente *ya allí*, en el filo de lo imposible, es decir, que no cristaliza en sentidos que indefectiblemente, serán administrados, pero eso es otro tema.

Referencias

- Arbib, Dan (2023). "Sobre el cogito cartesiano". En Jacques Alain Miller (ed.), *Ornicar? 1* (pp. 11- 30). Olivos: Grama Ediciones.
- Burroughs, William (2013). *La revolución electrónica*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Cassin, Barbara (2019). *Elogio de la traducción: complicar el universal*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata.
- Fogwill, Ricardo (2013). *La gran ventana de los sueños*. Buenos Aires: Alfaguara.
- García, Germán (2011). *Para otra cosa: el psicoanálisis entre las vanguardias*. Buenos Aires: Liber Editores.
- Lacan, Jacques (2022). *En los confines del Seminario*. Buenos Aires: Paidós.
- Longoni, Ana y Mestman, Mariano (1995). "Masotta, Jacoby, Verón: un arte de los medios de comunicación de masas". *Causas y azares*, 3, 127-139.
- Mazza, César Fernando (2023). *Pasajes de escritura: de lo privado a lo público*. Córdoba: El Espejo Ediciones.
- Tabarovsky, Damián (2018). *Fantasma de la vanguardia*. Buenos Aires: Mardulce.